



Ediciones
Luciérnaga

Martha Ackmann

LAS ASTRONAUTAS OLVIDADAS

TRECE
AMERICANAS
QUE DEBIERON
LLEGAR
AL ESPACIO



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



A la venta desde el 20 de septiembre de 2023



LAS ASTRONAUTAS OLVIDADAS

◇————◇◇◇————◇
MARTHA ACKMANN

TRECE AMERICANAS QUE
DEBIERON LLEGAR AL ESPACIO

«Más alto, más rápido, más lejos» fue el lema de los primeros astronautas. Lo que pocos saben, es que a ese lema se sumaron trece mujeres hoy olvidadas. Esta es su aventura.

Tres años antes de que la soviética Valentina Tereshkova se convirtiese en la primera mujer en salir al espacio, un programa secreto de la **NASA** había reclutado ya a **trece candidatas** para una misión idéntica. Nunca recibieron atención pública, ni se les asignó un nombre de misión. Fueron **adiestradas a la vez que sus compañeros de las misiones «Mercury», en secreto**, y más tarde ninguneadas por una agencia espacial que prefirió pilotos de pruebas varones a mujeres entrenadas en vuelos civiles. Este libro reconstruye su historia y da voz por primera vez a aquel grupo de adelantadas a su tiempo al que terminaría conociéndose como **«las 13 del Mercury»**. Tras su disolución, **la NASA tardaría aún más de dos décadas en enviar una mujer a órbita terrestre.**

«La historia de la carrera espacial está llena de sombras. Arrojar luz sobre ellas es hacer justicia a un momento clave de la Humanidad. Este libro lo consigue, emocionándonos a cada página».

Javier Sierra, escritor y premio Planeta de novela.

1983. Sally K. Ride se convirtió en la primera mujer estadounidense en el espacio, veinte años después de que los soviéticos lanzaran a Valentina Tereshkova



Exactamente a las 7.33 a.m. del día 18 de junio de 1983, bajo el sol radiante de una mañana despejada de Florida, el transbordador espacial Challenger despegó de la plataforma de lanzamiento dejando tras de sí la estela candente de un cohete.

Oficialmente era el STS-7, el séptimo viaje del sistema de transbordadores espaciales que llevaba dos años en activo, todo un programa pionero. Pero para la mayoría

de las personas que lo estaban viendo ese día, la misión del Challenger representaba algo mucho más revolucionario: el primer vuelo de una mujer norteamericana en el espacio. Sally K. Ride aunaba los sueños de sus hermanas terrestres con gracia y buen humor. Mientras el transbordador salía disparado hacia el cielo con una fuerza mucho más potente que la de una atracción de feria, conectó inmediatamente con los estadounidenses de todas partes diciendo por radio a su homólogo en Houston: «¿Has estado alguna vez en Disneylandia? Este es definitivamente un billete E» —es decir, el paseo más tórrido de todos.

No era solo que una de nosotras estuviera allí arriba, o que hubiera otras cinco mujeres astronautas esperando a embarcarse. También era el hecho de que el programa espacial tripulado de Estados Unidos había cambiado irremediabilmente tanto en forma como en contenido. Por fin la NASA lo había hecho bien.

TRES DÉCADAS Y 36 MUJERES MÁS DESPUÉS

Treinta y seis mujeres más han volado en transbordadores estadounidenses, y hacen prácticamente lo mismo que sus homólogos masculinos han hecho en el vacío del espacio. Se han puesto trajes especiales para los paseos espaciales, han manipulado brazos robotizados y han lanzado satélites. **Shannon Lucid** marcó un **récord de resistencia** en la estación espacial Mir. **Eileen Collins** se convirtió en la **primera mujer piloto de transbordador en 1995**. Cinco años después, se deslizó hacia el asiento de la izquierda y se convirtió en la **primera comandante de transbordador**. Esa era la clase de trabajo que desempeñaban los hombres que tenían «lo que hay que tener», descendientes espirituales de Flash Gordon y del Capitán Kirk que desafiaron a la gravedad como pilotos de pruebas y superaron todos los baremos como pilotos de combate.

Ahora las mujeres formaban parte del club. Al escribir estas líneas, **treinta mujeres están en el cuerpo de astronautas**, casi **una quinta parte del total**.

Un indicio menos agradable de que las mujeres están logrando la paridad radica en las **cuatro mujeres que han dado su vida por el programa: Judy Resnik y Christa McAuliffe** en el Challenger en 1986, y **Kalpana Chawla y Laurel Clark** en el Columbia en 2003.



El espacio, como casi todo lo demás en la sociedad estadounidense, era un asunto de hombres, un club dirigido por, para y con hombres. Los argumentos que preservaron esa exclusividad eran las mismas excusas cansinas que en su día nos impidieron practicar la medicina, dirigir empresas, jugar al tenis por mucho dinero y emitir un voto. Las mujeres eran demasiado débiles, demasiado emocionales, demasiado, en fin, femeninas, para participar. Y, por supuesto, no estaban cualificadas.

«MERCURY 13», LAS 13 OLVIDADAS. NOTA DE LA AUTORA.

Las trece mujeres piloto norteamericanas que aprobaron las pruebas físicas para ser astronautas en la legendaria Fundación Lovelace nunca se identificaron como un grupo y un nombre mientras estaban realizando los exámenes en los años 1960 y 1961.

El doctor W. Randolph Lovelace II, quien había preparado las mismas pruebas físicas para los astronautas del Mercury 7, no asignó un nombre de proyecto al programa secreto de pruebas para mujeres. La primera mujer que se sometió a estas pruebas, Jerrie Cobb, se refirió posteriormente a estas mujeres como FLAT (Fellow Lady Astronaut Trainees), algo así como compañeras astronautas becarias, pero a las otras mujeres les desagradó esta denominación y no la adoptaron como propia.

El hecho de que el grupo nunca adoptara un nombre colectivo contribuyó a su invisibilidad en el devenir de la historia. Más de treinta años después de estas pruebas, la atención de los medios de comunicación —motivada principalmente por el segundo lanzamiento espacial de John Glenn— reavivó el interés por esas trece mujeres y el papel que desempeñaron en la historia de los vuelos espaciales de Estados Unidos de América. En los editoriales de los periódicos, en documentales de televisión, en los distintos recursos de la NASA, en archivos de las bibliotecas, y en citas de organizaciones profesionales como la Asociación Internacional de Mujeres de la Aviación (Women in Aviation International), ese grupo de mujeres empezó a llamarse Mercurio o «Mercury 13». Es la denominación más habitual que se utiliza hoy en día para referirse a estas mujeres y la que ellas prefieren.



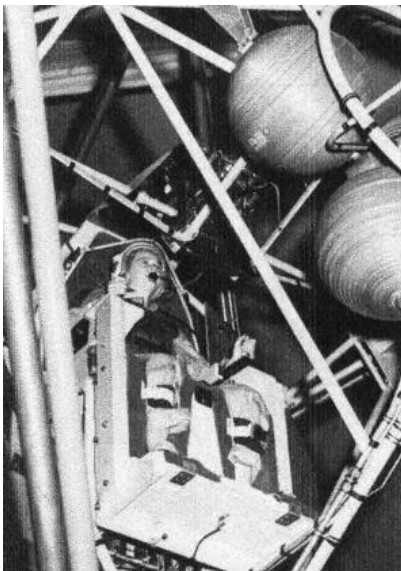
Las mujeres del Mercury 13 asistiendo al lanzamiento del transbordador espacial en 1995: (de izquierda a derecha) Gene Nora Stumbough Jessen, Wally Funk, Jerrie Cobb, Jerri Sloan Truhill, Sarah Gorelick Ratley, Myrtle Cagle, Bernice «B» Steadman. NASA

ASÍ NACIÓ LA FUNDACIÓN LOVELACE: UNA INICIATIVA DE FINANCIACIÓN PRIVADA PARA PROBAR QUE LAS MUJERES PODÍAN SER ASTRONAUTAS

En la década de 1950, Don Flickinger abordó por primera vez a la NASA con la idea de probar la viabilidad de las mujeres como astronautas. La agencia espacial no estaba interesada. La NASA creía que las mujeres eran físicamente incapaces de gestionar las exigencias del espacio. «Debes recordar —explicó el amigo de Flickinger el doctor Stanley Mohler—,* que las revistas de aviación a finales de la década de 1950 estaban llenas de artículos que afirmaban que, cuando las mujeres menstrúan, su cerebro cambia, se distraen y no pueden pensar claramente. Son más propensas a tener accidentes».

En lugar de abandonar la propuesta o seguir presionando a la NASA, Flickinger, junto con Randy Lovelace, decidió probar a una candidata mujer como parte de su propio experimento independiente, no bajo los auspicios oficiales de la NASA. Si sus resultados demostraban que una mujer obtenía buenos resultados en las mismas pruebas que los astronautas del Proyecto Mercury y usando el mismo equipo, Flickinger volvería a ir a la NASA con los datos.

JERRIE COBB, SUPERANDO LAS PRUEBAS.



Jerrie Cobb pasó cuarenta y cinco minutos en el MASTIF y maniobró los dos controles manuales para detener los tres movimientos giratorios. No fue una tarea fácil. «Primero, la cosa empezó a cabecear —escribió en su autobiografía—, y si no hubiera estado sujeta, habría sido arrojada directamente del asiento. Luego, cuando el cabeceo alcanzó la velocidad máxima, sentí que comenzaba el rolido. Estaba girando, girando como un trompo, y yendo de cabeza a la vez. Cuando el guiñado comenzó, me di cuenta de que la jaula y todo lo que estaba en mi línea de visión era un torbellino mareante.»⁵¹ Los fotógrafos de la NASA, quizás por insistencia de Cobb, fotografiaron su viaje, captándola en el centro del giroscopio sujetando con ambas manos los controles y rodeada de vigas y cables cruzados. Parecía una presa atrapada en una trampa de

acero, excepto que no había rastro de miedo, solo una intensa concentración, mientras miraba fijamente hacia adelante.

A las 3.34 a.m. del viernes 19 de agosto, el teléfono sonó en el apartamento no revelado de Nueva York donde Jerrie Cobb se estaba hospedando. El teléfono también sonó en la casa de los padres de Cobb en Ponca City. Los reporteros de Inglaterra, Japón, Australia y de todos los Estados Unidos habían comenzado una búsqueda frenética de la chica que, según habían oído, había pasado las pruebas de astronauta.



Después de que cada una de las Mercury 13 regresara a casa, Randy Lovelace envió una carta oficial de felicitación y les preguntó si estarían dispuestas a continuar con la siguiente fase de pruebas. Todas respondieron que sí. Lovelace todavía no estaba seguro exactamente dónde se llevarían a cabo esas nuevas pruebas, aunque sabía que quería probar a las mujeres como grupo en un laboratorio militar donde experimentarían pruebas de simulación de vuelo espacial en una centrífuga y una cámara hipóxica, quizás incluso pasar algún tiempo pilotando aviones a reacción. Colaborar con la Base de la Fuerza Aérea de Wright-Patterson estaba fuera de toda cuestión, aunque Lovelace tenía extensos contactos derivados de su antiguo puesto como jefe del Laboratorio Aeromédico. La resistencia que Don

Flickinger había experimentado dos años antes cuando había querido que Jerrie Cobb comenzara sus pruebas de astronauta en Wright dejaba clara la posición de la Fuerza Aérea sobre las candidatas a astronauta femeninas. Lo que Flickinger denominó el «desdichado caso Nichols» había destruido cualquier posibilidad de cooperación. Mientras Lovelace trabajaba para asegurar un sitio de pruebas, instaba a las mujeres a trabajar en su acondicionamiento físico, ya que predijo que las próximas pruebas requerirían una considerable resistencia física.

Las Mercury 13 ya no estaban luchando por demostrar que las mujeres eran capaces de volar al espacio. Ahora tenían que convencer a la NASA de que tenían derecho a ser astronautas. Una pregunta médica y científica de repente se convirtió en una cuestión política.

LAS MERCURY 13 CUANDO SALLY K. RIDE LLEGÓ AL ESPACIO

Olvidadas por la multitud que esperaba la cuenta atrás estaban las Mercury 13, Randy Lovelace e incluso Jackie Cochran, quien había muerto de una enfermedad cardíaca tres años antes, a los setenta y cuatro años. Solo Janey Hart estaba presente para ver el lanzamiento del transbordador. Hart apenas podía creer el exuberante rugido de la multitud mientras el transbordador se elevaba lentamente hacia el cielo. «¡Arriba, Sally Ride!», gritaban. Mientras para casi todos los que miraban hacia el cielo de verano la primera astronauta estadounidense estaba siendo lanzada al espacio exterior en dos enormes cohetes impulsados, Janey Hart lo veía de otra forma. Sabía que Sally Ride había sido lanzada dos décadas antes por trece mujeres estadounidenses y su sueño de volar al espacio.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Prólogo de Lynn Sherr

Nota de la autora

Capítulo 1. Fiebre espacial

Capítulo 2. Dar el salto

Capítulo 3. Programa para la chica astronauta

Capítulo 4. Vistas desde Alburquerque

Capítulo 5. La lista

Capítulo 6. Ave del paraíso

Capítulo 7. Proyecto Venus

Capítulo 8. Esperando a Pensacola

Capítulo 9. Cambio de rumbo

Capítulo 10. Audiencia del Congreso: correcta y formal

Capítulo 11. Poscombustión

Epílogo. Asiento de la izquierda

Agradecimientos

Notas

Bibliografía

Índice analítico



SOBRE LA AUTORA: MARTHA ACKMANN



Martha Ackmann es una periodista y autora que escribe sobre mujeres que han cambiado Estados Unidos. Sus ensayos han aparecido en *The Atlantic*, *Paris Review*, *The New York Times* y *The Washington Post*. También es comentarista frecuente de New England Public Radio y ha aparecido en CNN, National Public Radio y la BBC.

Los libros premiados de Martha incluyen [The Mercury 13](#): *The True Story of Thirteen Women and the Dream of Space Flight*, [Curveball](#): *The Remarkable Story of Toni Stone, First Woman to Play Professional Baseball in the Negro League*, and [These Fevered Days](#): *Ten Pivotal Moments in the Making of Emily Dickinson*. Una adaptación teatral de *Curveball* se estrenó en Off Broadway en 2019. *Toni Stone*, escrita por la dramaturga Lydia Diamond, fue elegida por los críticos del *New York Times* y el *Wall Street Journal* la nombró la mejor obra nueva del año.

Ficha técnica del libro

LAS ASTRONAUTAS OLVIDADAS

Martha Ackmann

Ed. Luciérnaga, 2023

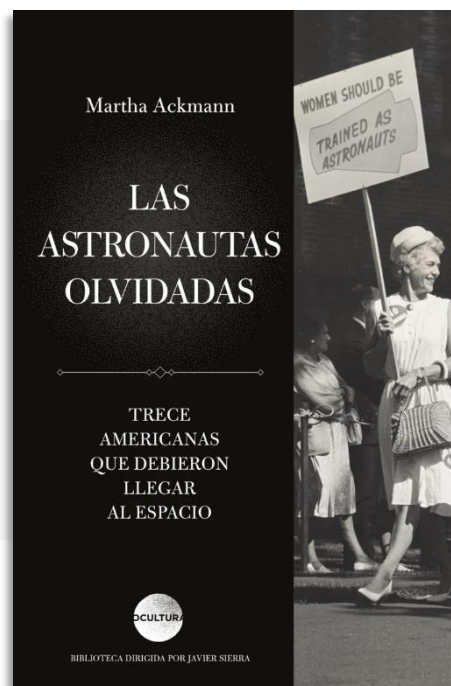
23 x 15 cm.

352 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 17,95 €

A la venta desde el 20 de septiembre de 2023



Para más información a prensa, ejemplares o entrevistas:

Lola Escudero. Directora de comunicación Ed. Luciérnaga

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es

